



AKIRA YOSHIMURA, *Naufra-  
gios*, traducción  
de Marina Bor-  
nas, Marbot, Bar-  
celona, 2011, 190  
pp. ISBN 978-84-  
92728-17-6 (*Ha-  
sen*, 1982).

**O**-fune-sama, las palabras que como un mantra se repiten a lo largo de toda la obra: los naufragios y la muerte serían para nosotros una bendición o las palabras de la vida para el pequeño pueblo pesquero que nos dibuja Akira Yoshimura. *O-fune-sama*, esta misteriosa palabra se entremezcla con los sutras que murmuran los escasos habitantes de la villa marítima. Preparan una pira, caminan lentamente por la montaña llevando el ataúd de madera del último muerto. Parece que estaba enfermo y su familia dejó de alimentarlo; una boca menos por la que preocuparse. Nadie parece alarmado por el suceso. Isaku, el protagonista de la obra, piensa que la madera que se empleará para quemar al desdichado que yace sobre los fríos listones estaría mejor empleada calentando la casa en invierno.

Con esta primera escena, Yoshimura nos adelanta el relato desolado del que vamos a ser espectadores; no parece que haya nada que incite a la esperanza en estos primeros cuadros. La lluvia, el frío, las olas rompiendo inmisericordes contra los acantilados rotos, las barcas sufriendo las embestidas del mar bravo e Isaku mirando la costa, aborreciendo la pesca y las azotinas de su madre cuando lo ve holgazanear. Isaku tiene nueve

años, pero ya no se acuerda de la última vez que jugó con sus hermanos. Sus días se enredan entre hilos y útiles de pesca. Tiene las manos llagadas de remar y la cara cortada por el viento helado de mar. Pero tampoco se lamenta por ello. Lo asume como su responsabilidad; es el cabeza de familia.

La acción se inicia precisamente cuando los habitantes de la aldea comienzan a encomendar a Isaku tareas de adulto. Los niños empiezan aquí tempranamente a trabajar, ya que la mano de obra escasea y el pueblo no puede permitirse perder ni un brazo útil. La mayoría de los adultos fuertes se venden como esclavos durante años en el pueblo vecino, a través de un tratante, para recibir algo de dinero con el que su hambrienta familia pueda aguantar un año o dos sin perecer de inanición. Este ha sido también el sino del padre de Isaku. Hace ya un año que se ha vendido y pasará tres largos inviernos fuera de casa con la esperanza que sus cuatro hijos y esposa sobrevivan. El tema del sacrificio, sobre el que volveremos más adelante, es uno de los ejes de la novela.

Así, entre las nuevas tareas de Isaku se halla la de vigilar por la noche las hogueras en las que se fabrica sal. Allí descubrirá el secreto del pueblo, *O-fune-sama*, los naufragios y el ritual que se lleva a cabo para provocarlos: las hogueras para hacer sal cumplen una función mucho más elevada para los aldeanos, atraen a los barcos a la costa cuando la mar está embravecida, haciéndoles



creer que aquello es un pueblo, para que encallen entre los escollos y las rocas. Es el único medio real de subsistencia del pueblo: los botines y cargamentos de los malaventurados barcos que siguen la luz titilante de las hogueras como los marineros a los cantos de sirenas de la Odisea (Canto XII). La escasa pesca y recolección de frutos y cereales no alcanzan para sobrellevar el hambre. Las sopas de agua con algo de mijo o invisibles pedacitos de verdura son la estampa recurrente a las horas de la comida.

Las estaciones en *Naufragios* vienen acompañadas de exhaustas descripciones de la vegetación y la fauna del lugar, rasgo característico de la prosa casi científica o naturalista del autor. Las primeras frutas en la montaña y el deshielo traen de nuevo la temporada de pesca, más tarde las sardinas, las papardas; los detalles de las hojas amarilleando y tiñéndose de colores bermejos en el otoño junto a la pesca del pulpo, y luego los primeros copos de nieve que terminan con la temporada de pesca y dan comienzo a las plegarias por *O-fune-sama*. Las pinceladas melancólicas y trágicas con las que Yoshimura hace avanzar la historia son como haikus extasiados ante una naturaleza despiadada. Su estilo sencillo y comedido huye de la adjetivación y de las frases complicadas, simplemente muestra, fotografía con las palabras precisas las escenas del pueblo, la maduración de Isaku, la marcha de habitantes que se venden como esclavos, los rituales y los rezos. Por paradójico que parezca, toda esta sencillez no quita ni un ápice de sensibilidad a la obra, sino todo lo contrario, la hace real y cercana, la hace incluso más asfixiante por la parquedad de palabras y la desaparición de adornos innecesarios. Es francamente admirable cómo el autor es capaz de recrear el dolor y las miserias de las familias del poblado desde la visión del pequeño Isaku empleando tan solo un par de palabras; la naturalidad con la que se narran los sucesos que el niño vive es pasmosamente desconcertante. El autor no necesita páginas y páginas para recrearse en la muerte y en la tragedia. El silencio es mucho más patético y sintetiza mejor el dolor compartido que cada letra de esta novela expira y se clava en la mirada del lector, que no puede sino rendirse ante semejante condensación melancólica y rutinaria de las vidas de los habitantes:

“Al amanecer del día siguiente, el cuerpo de Teru estaba frío. Su madre le acariciaba la carita con los ojos llorosos. Muchos de los vecinos del pueblo siguieron a la madre de Isaku, que llevaba el cuerpo de Teru envuelto en una estera de paja. [...] Isaku la miró con la cara empapada en lágrimas. Lloraba de tristeza, porque había prometido que mantendría con vida a los más pequeños de la familia [...]. Una bruma blanquecina empañaba la línea del horizonte. Isaku supo que se acercaba el final del invierno”.<sup>1</sup>

El sacrificio, la moral personal confrontada a la ley del estado y la muerte son los grandes temas de esta obra. Para entender la manera en la que se plasman y relacionan en la misma, hemos de tener en cuenta la época y sociedad que circunscribe la novela: el Japón medieval instalado en pueblos rurales, sometidos a la férrea disciplina de los señores feudales y con una cultura que les inculca el valor de la sumisión y la obediencia desde que nacen. Aunque realmente la obra no nos da casi ningún dato temporal –y si no fuera por la mención al señor feudal y a la esclavitud podría llegar a ser casi contemporánea –, el pequeño pueblo costero es un perfecto retrato de la sociedad japonesa tradicional y de sus valores. La perfecta organización del lugar, sin altercados a pesar de la miseria, ni robos ni saqueos la encabeza el jefe de la aldea y su consejo, encargados de tomar las decisiones que el pueblo acatará y de repartir la comida y los bienes que se producen comunalmente de un modo equitativo.

<sup>1</sup> A. Yoshimura, *Naufragios*, pp. 47-48.



El tema del sacrificio, omnipresente en toda la obra, se observa desde diferentes ángulos: tanto individual, los padres e hijos que se venden como esclavos para alimentar a sus familias, como colectivo, grupos del pueblo que atraviesan las montañas cargados de sacos de sal provocándose heridas gravísimas para conseguir algo de grano que se repartirá entre todo el poblado. Aquí, si comparamos la mentalidad medieval occidental con la japonesa, veremos un fuerte contraste entre ambas, sobre todo en cuanto al aspecto de la colectividad, el trabajar para el prójimo sin recibir nada a cambio (o menos de lo que te corresponde) mientras tu familia sigue muriendo de hambre. La disciplina moral de la cultura japonesa que siempre se somete al bien de la colectividad en detrimento del beneficio propio permitía la supervivencia de este tipo de aldeas apartadas del mundo con escasas fuentes de subsistencia, ya que nadie dudaba en sacrificar a un miembro de su propia familia, o a sí mismo incluso, si con eso podía salvar a su comunidad. Este punto se ve claramente ejemplificado cuando una gran parte de la aldea, por decisión del jefe, es desterrada (incluido él mismo) por haber sufrido la viruela, evitando así que otros miembros de la comunidad se infecten en un futuro, pero condenándose a sí mismos a una muerte segura en las montañas, alejados de sus seres queridos. Familias rotas, niños que se quedan solos, pero nadie protesta; nadie osa contradecir la decisión del jefe, que también huye al destierro por el bien de los habitantes sanos.

Otro punto capital de la novela que nos ha resultado de gran interés ha sido el de la relación entre la moral personal y la ley del pueblo, e incluso, yendo algo más allá, la que hallamos entre la ley del pueblo y la ley del “resto de pueblos” de la zona (supuestamente más civilizados). Como antes hemos mencionado, *O-fune-sama* es el nombre que se le da a los naufragios y al ritual que los habitantes llevan a cabo para provocarlos. Esta tradición ancestral de la aldea incluye el deber de matar a todos los supervivientes del naufragio para evitar que la fechoría o el ritual sea descubierto. Todo el pueblo actúa unido en este ritual, cada invierno los rezos y los sutras llenan de susurros el viento de la costa, las hogueras arden para atraer a los barcos los días de mala mar. Viven con miedo a ser descubiertos por los alguaciles del pueblo vecino (donde vive el señor feudal), pero nadie cuestiona la necesidad y moralidad del acto. Volvemos al dilema de Antígona pero desde otra perspectiva, mientras la heroína sofoclea se debate entre su moral y la ley del Estado, el poblado japonés no muestra conflicto interno alguno, la voluntad y sentimiento individual quedan subyugados al beneficio colectivo, dejando al margen cualquier dilema moral que pueda plantear:

“-No debemos compadecernos de ellos. Sería un desastre para el pueblo que uno de ellos sobreviviera. Nuestros antepasados decidieron que había que matarlos a todos, y desde entonces lo hemos hecho así. Tenemos que respetar las normas del pueblo.- Los ojos de su madre brillaron con solemnidad. Isaku asintió con expresión obediente”.<sup>2</sup>

Aquí podríamos entrar en el eterno debate del relativismo moral. Si es ético desde la perspectiva de la supervivencia cometer un crimen o llegar al punto de pensar que los habitantes ya no lo hacían por el simple acto de supervivencia, sino por la obediencia a la autoridad local. Como demostraron ya hace unos años los estudios de Milgram<sup>3</sup>, casi todos somos capaces de cometer actos que comúnmente se considerarían inmorales cuando estamos sometidos a una autoridad que nos lo ordena o que nos guía para cometer ese acto. Por no extendernos más de lo preciso en términos psicológi-

<sup>2</sup> Op.Cit. p. 100.

<sup>3</sup> S. Milgram, *Obediencia a la autoridad*, Ed. Desclee de Brouwer, 2002.



cos, podríamos decir que los habitantes del poblado, estando sometidos a la autoridad de su jefe (al que respetan) y teniendo como precedente las acciones de sus antepasados, no se cuestionan la moralidad o no de su acto, más incluso cuándo su supervivencia se ve ligada en cierto modo a que lo lleven a cabo. Vemos también cómo el propio Isaku se extraña de que los habitantes de otros pueblos consideren el ritual un crimen:

“Un naufragio era el mayor golpe de suerte que podían esperar, pero para la gente que vivía en otras regiones, como los habitantes del pueblo vecino, el saqueo era un delito merecedor de un castigo ejemplar. Si O-fune-sama no hubiera llegado nunca, el pueblo habría desaparecido tiempo atrás y en su lugar solo quedaría un terreno rodeado de un mar lleno de escollos. Pero sus antepasados vivieron allí, y ellos seguían sobreviviendo gracias a la existencia de *O-fune-sama*”.<sup>4</sup>

Y cerrando la tríada temática de la obra, tenemos a la muerte, que planea como una sombra inmisericorde por cada página de la novela. No es que haya muchos decesos, pero sí se transmite esa sensación de que todo lo que encontramos en la aldea está moribundo, como una flor pisoteada. Está en la enfermedad, el hambre, el frío, las ausencias, la senectud, la vitalidad inexistente (ni en los propios infantes)... en la tierra yerma. A pesar de este ambiente desolador, la muerte no supone para los habitantes una tragedia griega, un drama isabelino o un ejercicio de patetismo y catarsis romántica. Como citamos en el primer fragmento, observamos de qué modo se relata la muerte como un suceso cotidiano más, un acto que acaece y se entremezcla con la vida diaria de las familias. El autor no emplea más líneas o expresiones más profundas y trágicas para relatar la muerte de un niño que para hacer la crónica de una mala pesca, la muerte simplemente ocurre y todos la aceptan como dictado de la naturaleza, quizá con algo de tristeza y con rituales algo elaborados (funeral, el duelo...), pero la toman bajo el brazo como compañera de viaje entre los acantilados escarpados y el arrecife acosado por la mar. Esta profunda aceptación viene dada, en gran parte, por la convicción budista en la reencarnación; todos ellos creen que tarde o temprano el alma del fenecido regresará al pueblo en el vientre de una mujer embarazada.

Como suele ocurrir en la obra de Yoshimura, todos sus personajes aceptan su destino, sea el que sea, sin tratar de escapar de él: el padre que se vende como esclavo, la hija que se vende durante diez años sabiendo que cuando vuelva el pueblo será demasiado mayor para casarse, el niño que renuncia a su infancia para sacar a su familia adelante, la madre que come cada día menos para alimentar a sus hijos, el enfermo que deja de comer para recibir a la muerte de frente y sin quitarle a su familia un bocado innecesario... Esta aceptación del propio destino tanto como de la muerte, gracias a la convicción en la reencarnación, es el punto que más solemnidad y dignidad le da a la obra y a sus personajes. Finalicemos pues el análisis de esta obra con la propia visión de Isaku sobre la muerte, cerrando esta tríada de sacrificio, moral y muerte que planean como aves migratorias de página en página ofreciéndonos un relato opresivo, pero, a la vez, contundente y sobrecogedor que no deja indiferente a nadie:

“A veces Isaku pensaba en su propia muerte. Cuando muriera incinerarían su cuerpo y enterrarían sus huesos. Mientras su cadáver ardiera, su alma se alejaría del pueblo para cruzar el mar. Después de un largo viaje, llegaría al lugar donde se reunían las almas de los difuntos. Las almas habitan en las profundidades del océano, dónde todo es claro y transparente.[...] Las almas llevaban ropa transparente, como las medusas, su pelo era brillante y lustroso. No hablaban, pero sus caras nunca perdían la sonrisa. Sus cuerpos disfrutaban de la profunda paz

<sup>4</sup> Op.Cit.p. 120.



de la muerte.[...] De vez en cuando, un alma se alejaba oscilando y las demás se despedían de ella. Las que se iban eran almas que regresaban al pueblo para reencarnarse”.

*Núria Molines Galarza*

